



Una guerra en el territorio de la Utopía

guerra que ha declarado Mao Tse Tung al más grande sabio de la tradición china: Confucio, o Kung Fu-tze (leer en esta misma página la sección del artículo de "Time": "Mando al sabio"), ha traído a mi recuerdo y relectura la obra de este gran filósofo moral y político que vivió hace mil quinientos años, y que tanto interés me hizo cuando lo lei por primera vez en tiempos ya pasados, cuando estudiaba historia de la cultura.

Kung-Tze vivió en una época de inestabilidad política y relajamiento de valores y trató desesperadamente descubrir y fijar los principios y dogmas de buen gobierno que devolvieran orden, la equidad y la justicia. Su filosofía es una mezcla de ideas socráticas con los acentos y con parábolas y adagios, propia de la literatura oriental y tan cercana a nuestras literaturas indígenas, pero, sobre todo, la profundidad y claridad de la mayor parte de sus enseñanzas, no sólo me hicieron simpatizar sino integrar a mi pensamiento algunas de sus ideas fundamentales sobre filosofía política.

Esta máxima política —que tantas veces he repetido en mis "escritos a máquina"—: que si la autoridad es injusta, enseña inmoralidad al pueblo; y si la autoridad irrespetada la dignidad del hombre, enseña delincuencia; o viceversa, que gobiernos honestos humanizan al pueblo o que la ley se promulga con el ejemplo, son pensamientos derivados de la enseñanza de Confucio. El maestro no es el primer filósofo que en la historia del pensamiento humano llega a formular esta utopía que revela su conciencia en los efectos humanizadores del buen gobierno: "una serie de gobiernos corruptos podrían en menos de un siglo convertir a un país de malhechores y escindir de la pena de muerte". (Hay que pensar que esto lo decía Kung-Tze mil quinientos cincuenta años antes de Cristo, en pleno reinado histórico de la espada!) - Gobierno corrupto llama Confucio a la equidad. Y repite estas máximas:

"Si el gobernante se corrige, gobernará sin dificultad; si no se puede corregir, ¿qué sigue haciendo en el gobierno?"

"Si el gobernante es bueno y no se le contradice, no está mal. Pero si es malo nadie le lleva la contra, eso es suficiente para causar la ruina del país". Kung-Tze preguntó a Kung cómo ayudar al gobernante. El dijo: "No engañarlo, serle firme".

"Los que arruinan al gobernante son aquellos que hasta que no consiguen una posición no se preocupan más que de conseguirla, y cuando ya la tienen, viven atormentados por la preocupación de perderla".

Y aconsejó: "Cuando el país es gobernado con decencia: palabras atrevidas, acciones atrevidas. Cuando el país no se gobierna con decencia: acciones atrevidas, palabras prudentes".

Otro pensamiento político fundamental que aprendí de Confucio es el valor que tienen las palabras tanto para hacer como para deshacer una República.

Su discípulo Tze-Lu le dijo: "Si el señor de Wei te llamara para que formes gobierno, ¿qué es lo primero que harías?"

Contestó Kung-Tze: "Fijar los nombres. Hacer que las cosas se llamen por su nombre".

En su lecho de muerte sus discípulos preguntaron a Confucio: —Maestro, si volvieras a vivir y se te otorgara la gracia que pidieras, ¿qué pedirías?

—"Devolver a las palabras su significado", contestó Kung-Tze.

Cuando en política la palabra se vacía de su significado y comienza a designar

una realidad falsa, se produce la falta de entendimiento y se inicia la hipocresía y la mentira que incuban el desorden. Toda palabra falsa en política incita a la subversión, porque es un engaño permanentemente descubierto por la misma palabra. Dar gato por liebre, tiranía por democracia, arbitrariedad por ley, o cubrir una triste realidad con una altisonante palabra, aunque a veces se le llame propaganda, su nombre es subversión. El pueblo se siente hablando un idioma frustrado y almacena odio o bien, entra en el juego y se convierte en un pueblo mentiroso y delincuente.

Dice Confucio: — Un político honrado se avergüenza de que sus palabras no correspondan a sus actos.

Hombre honrado, según Kung-Tze, es "EL HOMBRE QUE SE PONE A LA PAR DE SU PALABRA".

La mayor parte de las enseñanzas de Confucio, contenidas en "Los Cuatro Libros" se dirigen a provocar la "revolución interior" y hay un tesoro de sabiduría humanista en ellas que es aprovechable bajo cualquier régimen o sistema. Es evidente que hay estructuras que corrompen al hombre, que le impiden ser bueno y justo. Pero también es cierto que aun las mejores estructuras de la más justa revolución pueden ser corrompidas por el hombre, si no es honesto.

La obra de Confucio, en todo aquello que levanta el nivel moral del hombre y lo perfecciona en el uso de su razón y en sus relaciones con los demás hombres, es una semilla beneficiosa para una revolución que, al fin y al cabo, tiene que contar con la naturaleza humana aun cuando haya despejado su camino de lo que Mao llama "el individualismo burgués y el antagonismo clasista".

¿Por qué, entonces, le declara la guerra?

El hecho de ligar, en el mismo ataque, a Confucio con Lin-Piao (opositor de Mao) parecería sugerir que hay una reacción interna que utiliza contra el régimen los principios morales del gran sabio, tan hondamente arraigados en el pueblo chino. ¿Será que Mao, corrompido por el poder, ha falseado ya sus palabras de gobernante, y le sale al frente la sombra adusta y exigente de Kung-Tze?

¿O será, por el contrario, que Mao, en su fabulosa praxis de la utopía, quiere ligar a Lin-Piao con Confucio para matar dos pájaros de un tiro: aniquilar a su adversario político y, con la misma fuerza represiva, arrancar las últimas raíces de la tradición china para lanzarla, como obra enteramente suya, a un futuro de absoluta novedad revolucionaria?

En todo caso, la guerra de Mao deja perplejo al hombre de occidente. Sólo en oriente es capaz de tener tanta presencia el pasado como para exigir, a veinticinco siglos de distancia, la belicosidad desplegada contra Confucio. ¿No era más fácil una empresa de asimilación como la que hizo el Cristianismo de la filosofía griega? —El mismo Mao, en su famosa intervención en el foro de Yenan sobre arte y literatura, dijo que "no debemos, de ninguna manera, rechazar la herencia de los antiguos, ni negarnos a tomarla como punto de referencia, así sean sus obras de la clase feudal o la burguesa". — Si pensaba esto en 1942 ¿por qué ahora, en vez de una actitud crítica y selectiva de la herencia del gran sabio, se lanza a un ataque frontal, fanático y arriesgado, contra un muerto de 2.500 años? ¿Son demasiados siglos para exponerse a un duelo! - Mao intenta derrotar a un inmortal y eso ya no pertenece a la historia sino a la mitología.